



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11084

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 5 DE AGOSTO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

COMO SIEMPRE

La animación aumenta gradualmente. Cada tren de viajeros que llega á la estación, lanza sobre la ciudad numeroso contingente de personas que vienen á por alim y á ver al duque, es decir á ponerse en remojo y á ver al Guerrero.

Las dolorosas circunstancias que atraviesa el país hacíannos pensar que este año no serían muchos los que aprovecharan la rebaja de trenes; pero nos hemos equivocado completamente, pues los convoyes llegan como el año anterior, y como todos, compuestos de numerosos carruajes llenos de viajeros.

El caso es raro, porque aquí y en todas partes se padece una crisis económica de mucha gravedad; pero se trata de toros, y los asuntos de cuernos son como la vara de Moisés: ésta sacaba agua de los guijarros y los toros sacan dinero de donde no lo hay y despiertan alegrías donde solo imperaban las tristezas.

Por fortuna hay dinero este año. La cosecha por una parte, vendida á buen precio, y por otra la elevación de los cambios que beneficia á las mineras, han llenado la medida de los mineros y agricultores, que si otros años no han podido disponer de un real para gastarlo en diversiones, este año pueden tirar una peseta y un duro si se apuesta un poco. Quien quiera comprobarlo no tiene más que salir al campo y verá como trabaja el trillo ó hacer un viaje al distrito minero y verá como voltean los malacates y giran las máquinas sacando mineral.

Es verdad que estamos repletos de penas, que vivimos en perpetua angustia por los desastres que nos ha ocasionado la guerra; pero porque echemos una cana al

aire haciendo un paréntesis á esta serie de desventuras que han caído sobre nosotros y olvidemos un momento lo que nos alaraza y malhumora no hemos de merecer censuras.

Si haciendo lo contrario remediáramos nuestros males, santo y bueno que nos privásemos de todo; pero como no ha de ser así, y hemos de seguir sufriendo largos años las consecuencias de nuestras no siempre disculpables imprevisiones, tomemos el tiempo conforme viene y gocemos durante cuarenta y ocho horas á cambio de lo sufrido y de lo que nos resta que sufrir.

Hay quien censura estas expansiones del pueblo y las considera como el origen de sus infortunios. Esas personas condenan en estos instantes todo lo que signifique diversión. Por ellos estarían cerrados los teatros, las plazas de toros y demás espectáculos públicos.

Si eso no es desear la muerte, por hambre, á los millares de personas que viven de lo que producen los espectáculos, que venga Dios y lo vea!

Los españoles del año ochó eran aficionados á los toros y ventieron á los franceses. Nosotros hemos sido vencidos por los norteamericanos. ¿Qué tienen que ver en eso las aficiones laurinas?

El mal reside en lo que todo el mundo condena (la política) no en las costumbres populares.

Y digan lo que gusten en contra los partidarios de la sensatez.

A LULI

Te envidio, ¡Vaya si te envidio!

Mientras te regodeas en la playa y expones el cutis á los besos de las frescas brisas ó te columpias en las ondas, yo disfruto una temperatura de cuarenta grados, que me hace sudar el quilo, y escribo pendiente del lapiz ro-

jo que amenaza dejar inéditas las emborronadas cuartillas.

«La felicidad hay que buscarla para gozar sus beneficios.» ¿Quién le ha dicho eso? Hay quien la busca por todas partes y no encuentra siquiera quien le diga: «Por aquí pasó.»

En cambio, lo otro, es decir lo contrario de la felicidad, no hay que buscarlo. Le sale á uno al paso cuando menos lo espera y sin decir ¡agua va! se le arroja al cuello y se lo come á caricias.

Ejemplo al canto:

«Yo tranquilo en paz vivía», entregado á la información desahogada á que la censura previa condena á los periódicos, bufando á ratos para refrescarme y á ratos con la sangre encendida y alborotada por ese fuego sagrado del patriotismo de que se ha hecho verdadero derroche sin resultado alguno positivo. ¡Se oyen tantas majaderías y se presencian unas cosas...! Dispensa Luli, iba á tomar la cosa en serio ¡qué guarsilería! y á salirme del tono general.

¿Qué decía yo...? ¡Ah! sí; lo que dice cierto personaje de cierta zarzuela:

«Yo tranquilo en paz vivía», cuando sobrevino ella, tu rápida, habiéndome de ondas azules, de brisas refrigerantes, de baños, de playas, del bello sexo y de las mantecadas... A nadie que tenga buen corazón se le ocurre hablar de esas cosas á quien solo toma baños rusos y se refresca con sus propios soplos.

Mantecadas ¿eh? ¿De Astorga? Si ya que las nombras mandarás algunas para que diere mi opinión...

No temas recibir un desaire; aunque vengan acompañadas de alguna senda prometo aceptarlas.

Pero ¡por Dios! que no sea pequeña la sandía. Es fruta que me pone nervioso si no es de gran volumen

RAUL.

GLORIAS NACIONALES

El general Venegas derrotó á los franceses en Aranjuez.

4 de Agosto de 1809.

Guardando el ejército de la Mancha la margen izquierda del Tajo, el general

francés Sebastiani quiso forzar el paso de este río por Aranjuez, y noticioso de ello el general Venegas, jefe de las fuerzas establecidas en los alrededores de esa población, distribuyó tres divisiones, á las órdenes de D. Pedro Agustín Giron, entre las alturas de Ontigola, alamedas del Palacio Real, vados del jardín del Infante y Largo y puentes de la Reina, Verde y de Barcas, apostándose él, para acudir donde fuera posible con las dos restantes divisiones de su mando en el camino de Ocaña.

Poco después de las dos de la tarde presentose el enemigo por la parte del jardín del Infante, trabando inmediatamente combate con las fuerzas españolas que lo ocupaban.

A la media hora de fuego los franceses cayeron impetuosamente y con decisión sobre las tropas que defendían los tres mencionados puentes; estas resistieron y rechazaron bizarramente las acometidas, haciendo todas prodigios de valor, llegando á batirse con los contrarios á tiro de pistola, lo mismo los infantes que los artilleros, y gracias al heroísmo derrochado por los soldados, particularmente por los de artillería, y á las acertadas disposiciones del general Giron, secundado admirablemente por sus compañeros La y y Vigodet, Sebastiani no pudo realizar su propósito, costándole carísimo el pretenderlo, por lo que se vió obligado á retirarse hacia Toledo.

MAESE RODRIGO.

(Prohibida la reproducción).

AMORTIZACION DE LA DEUDA

CRÉDITO PÚBLICO

V

(De nuestro servicio especial)

Todas las naciones que dejan de satisfacer en los plazos marcados los intereses del capital que recibieron á préstamo, cuando después tienen que apelar nuevamente al crédito, espían la falta que cometieron, porque tienen que recibir menos capital en relación con la Deuda que contraen, y al mismo tiempo si habían de pagar un 3 por 100 de in-

terés, tienen que pagar un 4, un 5, un 6, ó más.

Entre todas las naciones de Europa no hay ninguna que haya hecho tantas suspensiones de pagos, ó arreglo con los acreedores, como España, y por esto tampoco hay otra (exceptuando Grecia) que tenga menos crédito, ni que le cueste mas caro el dinero que adquiere á préstamo, razón por la que cada vez que tiene que acudir á los empréstitos, como recibe poco capital comprado con la mucha Deuda que contrae, esta se aumenta considerablemente, y á poco le sigue la suspensión de pago de los intereses, ó reducción de ellos, ó del capital.

Como lógica consecuencia de ese excesivo aumento de Deuda, al terminarse la guerra de la Independencia vino un arreglo con los acreedores; otro después del período constitucional; otro durante la regencia de Doña María Cristina, y más tarde, en 1851, hizo otro Bravo Murillo. En 1878, 74 y 75 se suspendió el pago de los intereses, que habían llegado con la amortización á la enorme suma de 423 000 000, y para hacer en 1882 un arreglo definitivo se señaló en 1876 un 1 por 100 de intereses.

Sino fuera porque hay momentos en la vida de las naciones, como en la de los individuos, que no puede prescindirse de acudir al crédito para atender á necesidades imprevistas y perentorias, lo mejor sería no hallar quien prestara á las naciones desarregladas, como la nuestra, para que así aprendieran á ser económicas, previsoras y á medir sus gastos por la cuantía de los ingresos, ó el límite de los recursos. Más como vienen acontecimientos extraordinarios en que los gastos se duplican y triplican, sin que se aumenten los ingresos en la misma relación, y los primeros no admiten escusa ni demora, ni los segundos se pueden exigir antes de los plazos marcados, por necesidad en este caso, tienen las naciones que acudir al crédito, como lo está haciendo España donde hace más de tres años y especialmente desde hace tres meses; pero que efecto al temor á un nuevo corte de cuentas, no se ha podido conseguir en el extranjero una sola peseta; pues los capitalistas extranjeros prefieren pagar la Deuda inglesa á 111 por 100, produciendo solamente un 2 3/4 de

Apenas faltaba á nuestros viajeros medio cuarto de legua, y Bizarro creía que no iban á llegar nunca.

Los barros no podían más.

El de María de la Cinta, que era el más cargado, se detuvo, vaciló, abrió las cuatro patas, estiró el pescuezo y la cabeza, dió un ronquido, y se echó.

Cinta, á pesar de su estado embarazoso, saltó del estribo de las hamugas al suelo, y Bizarro se dejó caer desde su burro, que estaba á punto de imitar al otro.

—Ven acá, dijo Bizarro á María de la Azucena bajándola de su burro y poniéndola en el suelo: desde aquí al pueblo ya no hay más que un paseo, y llegaremos á pié mucho antes que podríamos llegar sobre los asnos; tienen razón los pobres; desde esta mañana han andado diez leguas, y con buena carga, y han tirado más de lo que yo creía: ya se vé, con las requisas que se hacen para esta maldita guerra, no se encuentra un caballo por un ojo de la oara: echa delante, Azucena, hija y tú, Cinta, agárrate: andemos cuanto de prisa podamos, que ya está ahí el pueblo.

Y se echó el arcabuz sobre el hombro izquierdo, y dió á Cinta el brazo derecho.

Azucena iba delante, ligera como una correa, esbelta, gallarda, dejando ver bajo la manta en que

hechos con dos doblones de á dos, de oro, unidos por un eslabón entre sí: el colete caía desde allí abierto y suelto, dejando ver la blanca camisa, y en la cintura, sobre unos calzones cortos de terciopelo verde, una faja estrecha moruna de dos colores á listas: estos calzones, cerrados por gemelos ó botones de muletilla, hechos con dos doblones de á dos, estaban sin abrochar desde la mitad del muslo, y por la abertura se veía un calzón blanco de lienzo fino: las piernas las llevaba cubiertas por botines altos de becerro bordado, á la morisca, como los que usan aún los andaluces, abrochados por arriba, y por abajo abrochados también y sujetos además por los portaspuelas de las vaqueras, que á pesar de ir á burro llevaba Bizarro.

A la espalda, sujeta de través en la faja, llevaba una ancha y larga daga con guardamano y cruz de acero, y dos largas pistoles morunas.

Todo esto, menos la extremidad de los botines, las espuelas buqueras y los zapatos de ante, era lo que ocultaba la ancha capa de Bizarro.

VII.

Los asnos se estornizaban. Se veía ya muy cerca el pueblo de Tarazona.

ña, mórbida, suave, blanquísima con una gruesa esmeralda en el dedo del corazón.

El hombre era casi salvaje: su color era más oscuro, más cobrizo, más denso que el de la mujer de más edad: sus ojos más penetrantes, más lucientes, más duros: su nariz más recta y más pronunciada; su boca modelada con una expresión de soberbia y de desdén: las guedejas, retorcidas como tirabuzones, ó como cepilladuras de abeto, eran ásperas, negrisimas, relucientes, sin una cana: la mano que este hombre sacaba de tiempo en tiempo para agitar su asno, era grande, fuerte, membrada, vellosa.

Se nos olvidaba decir que este hombre llevaba terciado delante de sí un largo arcabuz

Tarazona no se veía aún; le ocultaban los accidentes del terreno: faltaba media legua para llegar á él.

Las ráfagas color de sangre de la purpura del sol se iban haciendo rosadas: el crepúsculo avanzaba, la noche se levantaba ya en el Oriente, y los asnos caminaban á cada momento más despacio.

El hombre agitó impaciente su asno, avanzó al de la mujer de más edad, le sacudió de una manera